VIAÑA DE LA PUENTE, Javier, *Insidethe ICC. Arbitraje Comercial en la Cámara de Comercio Internacional*, Gomylex, Bilbao, abril 2013. 1ª ed. 350 páginas.

Una obra sin pretensiones pero útil. Un autor que logra seguir siendo un desconocido para el público especializado en arbitraje aunque acumula diplomas de instituciones de prestigio (London School of Economics, Harvard, Academia de Derecho Internacional de La Haya, cursos de verano de Vitoria-Gasteiz, unas muy exclusivas prácticas en la Corte Internacional de Arbitraje de la Cámara de Comercio Internacional, etc.). Estas últimas son el origen del libro en que recoge lo que se sembró en aquellos dos meses en París a mediados de los 90, y fructificó con un doctorado tardío defendido el 2012. Un doctorado realizado tras su jornada laboral de abogado en el Señorío de Vizcaya (en cuyo colegio se presentó el libro el 27 de junio del 2013, presentación en la que intervine) y las horas de docencia como profesor asociado de derecho en la Universidad de País Vasco. Un autor que sigue siendo un entusiasta del arbitraje, aunque su experiencia profesional no le haya dado aún la gran oportunidad de vivir un arbitraje internacional desde la posición de árbitro, su vocación frustrada. Un “amateur” incansable del arbitraje que ha reciclado su tesis doctoral para ofrecer una obra inédita. Un estudio prolijo del arbitraje siguiendo el reglamento de arbitraje de la Cámara de Comercio Internacional, en castellano, sin oropeles ni erudición innecesaria.

El libro es honesto desde la misma portada. En ella aparece el autor en su despacho de la calle Mayor de Las Arenas, en Vizcaya. A lo “Solo ante el peligro” y sonriente, ofrece sus conocimientos a quien los pueda necesitar. Un tiraje modesto (250 ejemplares) que puede ampliarse. Un precio razonable y una distribución muy esquemática. No es ésta una obra en que un bufete internacional recoja sus mejores talentos para demostrar que se trata de una empresa con la reflexión más puntillosa e innovadora, a modo de herramienta de “marketing” subliminal del despacho. No hay aquí una recopilación de artículos doctrinales sobre aspectos concretos, novedosos, recientes laudos o casos sonados. No hay acumulación de “egos” que deben figurar en libros homenaje o en compendios de ciencia arbitral. Estamos ante un libro mucho menos ambicioso, pero por ello mismo más simpático. No hay malicia, no hay juego velado de pasar cuentas con otros árbitros o de criticar laudos o decisiones que se alejan de las ideas de algún otro autor más apreciado. Aquí tenemos un hombre que comparte su saber de forma franca y simple. Sin esperar nada más que el aprecio de los pocos que lo sepan valorar.

Recibí el libro en mayo del 2013 con un tarjetón en que había escrito, en tinta verde y de su puño y letra, “espero que sea de tu interés”. Luego, en el interior, fechado en abril del 2013, y a modo de Sant Jordi retrasado, una dedicatoria más personal. La introducción del libro era un primer obstáculo para la lectura. Excesivamente barroca, de frases largas y alambicadas, quizá por miedo a ser demasiado directo. Superada ésta, se comprende que estamos ante una tesis doctoral elaborada a lo largo de muchos años, y –por ello mismo– con la necesidad de actualización de datos, o ajustar fechas. Aunque en la solapa del ejemplar se habla del “resultado de los estudios preparativos de sus tesis doctoral adecuadamente corregido”, es necesario un repaso tipográfico exhaustivo y

editar algo más el texto resultante. Aún se presenta como “doctorando” (pág. 153), por poner una muestra de esos cambios que deberían haberse producido. No ha sido así. Los lapsus abundan para deleite del lector empeñado en encontrar errores en las obras de los otros. Por reseñar algunos, al margen del “sólo” que ahora se puede escribir sin acento (aunque lo mantiene en cinco páginas, la 86, 186, 197, 237 y 238), la “hornada” de la página 31 debería ser “honrada”, el “aludo” de la 97 debería ser “laudo”, el “afecto” de la 192 es en realidad sólo un “efecto”, las “olgadas” de la página 119 deberían llevar “h”, como el “izo” de la página 187. Es posible que las “filas internacionales” que se pueden detectar en la página 119 sean “alianzas” a las que Suiza no se ha sumado. Algunas son de mayor enjundia. Así, la conciliación de la que habla en la página 75, en realidad se refiere al “arbitraje”. O, en la página 53, hablar de “contratación” del árbitro cuando sería más correcto denominarlo “nombramiento”. El propio autor me reveló que el texto base se escribió a mano, y que una secretaria lo transcribió, lo que explica los errores. Así, confundir “iter” por “ítem” en la página 101, “porciones” por “posiciones” en la 158, “partie’sdaims” en lugar de “parties’ claims” (pág. 152), o transformar “Bill of Rights” en una singular “Hill of Rights” en la página 185.

También hay confusiones en francés (“monveau” en el sitio de “nouveau”, en la página 150, en su nota 186) o en alemán (el principio de Kompetenz-Kompetenz aparece como Kompetenze-Kompetenze, como si hubiera dos plurales, o en la página 193 el Aktiengesellschaft se trocea en tres palabras), pero el inglés es mucho más abundante. Porque el autor usa directamente términos ingleses que tienen traducción al español. Lo hace, de hecho, en el propio título del libro. Un recurso estilístico o una inercia mental, derivada de la comodidad que supone no tener que traducir ideas que se acostumbran a expresar en otro idioma. Pero que le lleva a traducciones erróneas al asumir que “provisiones” es lo que debería ser “disposiciones” (pág. 196, 198) o que Regulations son “regulaciones” cuando en verdad son “reglamentos” (pág. 197).

El esquema del trabajo es sencillo. Empieza por los árbitros, sigue por el procedimiento arbitral y acaba con una reflexión sobre la influencia del arbitraje de la Cámara de Comercio Internacional en otras instituciones arbitrales. Aunque no esté siempre actualizado –es consciente del nuevo Reglamento de Arbitraje del 2012, pero el anexo documental final aporta las estadísticas del arbitraje de 1995, y habla de que la Corte ha superado los 10.000 asuntos, cuando en la actualidad se ha llegado a los 20.000- resulta muy instructivo en el repaso que hace de los diferentes reglamentos de arbitraje de la CCI, desde el de 1922 (antes de crear la Corte en 1923), el de 1955, el de 1975, el de 1988, el de 1998 y el actual del 2012.

La obra es muy útil para encontrar apoyo a dudas nacidas de la práctica. Por ejemplo, ¿cabe un tribunal arbitral de 5 miembros? (en mi experiencia de 20 años, sólo me lo han preguntado una vez, y el Dr. Viaña lo responde en la página 234). El calendario de vistas, interrogatorios, escritos, pruebas y peritajes ¿se debe incluir en el acta de misión o es mejor que vaya fuera, como orden procesal nº 1? La respuesta se puede detectar entre las páginas 134, 160 y 161. Igualmente, da tres veces la dirección de la Corte Internacional de Arbitraje de la CCI a la que se deben presentar la solicitudes de

arbitraje, en Jean Goujon (puerta trasera) o en Cours Albert 1er n° 38, de París (páginas 116, 120 y 131). Como en agosto de este año 2013 se mudarán a la Avenue Président Wilson, que haya erratas en las señas no puede tener mucha trascendencia.

Gracias al autor he descubierto el inventor de la expresión “cláusulas patológicas” (Eissemann, a tenor de la página 95) o he sabido que el anexo al acta de misión, tan característica del arbitraje CCI, se denomina Rider (pág. 144, por más que quizá no lo permita en reglamento del 2012), que el acta de misión se inventó en el reglamento de 1955 (antes se denominaba “forms of submission”, según la página 150), que las partes pueden fijar por contrato unos criterios de remuneración de los árbitros distintos de los previstos en el Anexo III del Reglamento (pág. 233), o que si el arbitraje internacional es una alternativa a la jurisdicción ordinaria, debería poder también disponer de turno de oficio o de justicia gratuita (pág. 240). Debo confesar que antes de leer el trabajo del Dr. Viaña ignoraba la existencia de un caso *Factortame* del Tribunal de Justicia de las entonces Comunidades Europeas que podía afectar al arbitraje internacional (págs. 184-199).

Comparto la visión del autor de que el arbitraje es anacional (pág. 194), es una jurisdicción flotante y no están sometida a las de conflicto del derecho internacional privado del lugar en que se dicta el laudo o “abstraída de los cánones jurídicos de cualquier jurisdicción” (pág. 312). Su estudio de la independencia del árbitro, la imparcialidad discutible en árbitros vinculados a Estados que son totalitarios (Cuba, por ejemplo) y las relaciones de amistad entre grandes despachos y árbitros escindidos de los mismos para justificar su falta de vínculos y así poder asumir casos, es muy jugoso, especialmente al saber que en el año en que lo analizó (seguramente en 1995), de 3.400 asuntos sólo 275 habían comportado “disclosure”, de 1.000 laudos dictados, sólo se recusó a 12 árbitros, y sólo 2 habían sido sustituidos (págs., 77, 79, 80 y 99). Igualmente, el autor describe muy convincentemente la distinción entre sede y lugar de arbitraje, que tantas veces se suele confundir. Desde una perspectiva del Derecho Internacional Público, comprende la distinción entre monismo y dualismo, y reconoce que el “Derecho comunitario es un derecho internacional” (pág. 190), en las casi 20 páginas de digresión comunitaria que dedica a la cuestión. La inmunidad de jurisdicción estatal, que es alegable ante los juzgados de un país extranjero, no es alegable ante un arbitraje internacional, como bien recoge el autor en las páginas 100 y 131, demostrando así tener bien asentadas las nociones de derecho internacional.

Es agradable saber que alguien como el Dr. Viaña comprende y valora la amplia labor de la CCI –dedicándole las primeras páginas del primer capítulo- y el papel de los Comités nacionales de dicha organización mundial de empresas en la tramitación de los arbitrajes (pág. 165). El autor tiene una cierta vena poética, que también es de agradecer. Como describir la labor instigadora de la Cámara de Comercio Internacional para lograr un Convenio de Nueva York de 1958 como que la “motorizó” (pág. 317), o que la Corte Internacional de Arbitraje de dicha Cámara de Comercio Internacional sea una “redonda copa de árbol” con una “base troncal” estructurada “fibrosamente” por expertos de todos los sistemas jurídicos (pág. 324), o que la independencia del árbitro es igual que el valor al soldado, se le supone (pág. 64). De aquí que no sorprenda que

luego pueda hablar de “hospital” de cláusulas defectuosas (pág. 164), de lubricar el arbitraje, de arbitraje tela de araña (pág. 88, 239) o de “incumplimiento pastoso” (pág. 94), así como de “torpedeo de línea de flotación del arbitraje” (pág. 232) o describir el arbitraje como un “baile” o un “viaje gratis” (pág. 237). Se trata de licencias poéticas de un escritor que contempla el arbitraje desde fuera, con cariño pero sin implicación en sus miserias, como quien analiza desde lejos una compleja obra de ingeniería.

Un libro útil, modesto, sencillo y que a mi juicio debería estar en todo despacho de abogados que lleve arbitrajes internacionales, especialmente si está sometidos a la Cámara de Comercio Internacional (algo que cada vez es más frecuente, afortunadamente, y así en el 2011 hubo 144 partes españolas en arbitrajes CCI y en el 2012 pasamos a 70, mientras que la cifra de árbitros españoles oscila entre los 40 y los 50). Un libro que no pretende reemplazar la Guía del nuevo Reglamento de Arbitraje CCI 2012 que ha preparado en inglés la propia secretaría de la Corte, pero que puede suplir la necesidad de versión española que algunos bufetes iberoamericanos han solicitado, porque el arbitraje CCI también está siendo en Iberoamérica el mecanismo de solución de controversias más ágil y eficaz en pleitos internacionales cada vez más utilizado. Un libro que merece ser conocido por el amplio conjunto de usuarios del arbitraje internacional. No sólo es una tesis doctoral. Es una ayuda al arbitraje.

Jordi Sellarés Serra
Universidad de Barcelona y ESADE